



PANORAMA ACTUAL DE LOS CONFLICTOS Y AMENAZAS PARA LA SEGURIDAD: UN ANÁLISIS ESTRATÉGICO DESDE EUROPA

IGNACIO FUENTE COBO

El último informe del Strategic Review del instituto de estudios estratégicos de Londres presenta un panorama preocupante de la seguridad internacional cuando afirma que los fundamentos de la geopolítica se han fragmentado tanto en últimos los tiempos que los fundamentos del orden mundial aparecen alarmantemente débiles. Con esa ironía característica de las publicaciones británicas, el informe llega a afirmar que, en el actual entorno internacional, la política exterior ha terminado por convertirse en una rama de la psicología.

Quizá esta afirmación sea exagerada, o quizá no sea más que un reconocimiento de lo difícil que resulta explicar hoy en día las relaciones internacionales, pero lo cierto es que el escenario internacional presenta un elevado nivel de conflictividad y un todavía más elevado nivel de complejidad. Cuando observamos nuestro entorno con una visión panorámica, es decir, desde un observatorio central situado en Europa y más concretamente en España, podemos apreciar como las fronteras de seguridad situadas en la periferia del continente, las cuales considerábamos estables durante los años que siguieron el fin de la Guerra Fría presentan actualmente importantes brechas en en este y en el sur.

Las certezas que teníamos en el pasado sobre el empleo de la fuerza, basadas en la premisa de que interviniendo en conflictos situados fuera de nuestras fronteras, evitábamos que los efectos indeseables de los mismos se trasladasen hasta el interior de las mismas y terminasen por afectar la vida de los ciudadanos y el normal funcionamiento de las instituciones, han desaparecido. El precario éxito obtenido en la estabilización de los Balcanes en los años 90 del pasado siglo, no se ha repetido en Afganistán en la primera década del presente. Conflictos como el de Afganistán, al igual que el de Irak después de la invasión norteamericana, demuestran la dificultad de crear sociedades pacíficas y prósperas allí donde anteriormente existían regímenes despóticos.

Por ello, cualquier análisis estratégico prudente tiene que partir de la situación de seguridad en nuestro continente para, a continuación, identificar los conflictos que le afectan o pueden hacerlo en un futuro próximo, evaluando hasta qué punto se han convertido, o pueden llegar a ser, un riesgo o una amenaza para nuestra seguridad. Se trata de realizar una visión panorámica global de los conflictos, pero con un enfoque selectivo, es decir, centrándonos en aquellos que por su proximidad, su

transversalidad, o su importancia producen un impacto en la seguridad de Europa, obviando aquellos otros cuya repercusión es muy limitada.

Desde este enfoque panorámico, podemos comenzar diciendo que, hasta hace algunos años, existían una serie de consensos generalizados sobre la seguridad en Europa que actualmente están rotos. El primero venía a decir que, con un flanco sur aparentemente seguro antes de las convulsiones que supusieron las primaveras árabes y con una Rusia que no constituía ninguna amenaza para el territorio de los países europeos y que incluso se había convertido en un socio estratégico de la Alianza en aspectos controvertidos de la seguridad internacional como podían ser Afganistán, Libia, Siria, o Irán, la seguridad del continente europeo parecía plenamente garantizada. Algunos indicadores como el interés ruso por el desarrollo de iniciativas comunes en el marco del Consejo Rusia-OTAN, o la ratificación por parte del parlamento ruso del tratado sobre Fuerzas Convencionales en Europa (CFE), servían para reforzar esta percepción sobre la bondad del modelo de seguridad europeo.

El segundo consenso se refería a la responsabilidad de la seguridad en Europa en unas circunstancias en las que el continente parecía haberse convertido en una región pacífica y estable. En este contexto, muchos europeos se preguntaban si había llegado el momento de tomar en sus manos, su propia seguridad descargando de esa labor a sus socios norteamericanos en cuyas manos había recaído principalmente desde final de la Segunda Guerra Mundial. La percepción de que los Estados Unidos estaban “pivotando” hacia Asia-Pacífico debía convertirse más que en un riesgo inaceptable, en una oportunidad para que los europeos asumieran mayores responsabilidades en su propia defensa. Por parte

norteamericana, parecía asimismo existir un cierto interés en la necesidad de un mayor compromiso de seguridad europeo. Los nuevos desafíos asiáticos y muy especialmente la China emergente, junto con sus propias restricciones presupuestarias, les estaban empujando a una reducción sustancial de sus fuerzas desplegadas en el viejo continente. La Strategic Guidance del Pentágono de 2012, recogía la necesidad de acometer el redimensionamiento de sus propias fuerzas armadas agotadas tras más de una década de esfuerzos militares en Iraq y Afganistán. Por ello, la posición militar norteamericana venía a decir que los Estados Unidos tenían que “adaptarse al cambiante escenario estratégico”, lo que les exigía desarrollar en Europa una “aproximación innovadora de bajo coste y poca huella”. Como había afirmado unos años antes el Secretario de Defensa Ronald Rumsfeld, se trataba de “cambiar masa por agilidad”. En definitiva, lo que se pretendía era mantener el mismo nivel de influencia en los asuntos europeos, pero con el menor esfuerzo militar posible.

Este planteamiento se tradujo en una reducción muy importante de sus fuerzas estacionadas en Europa, de manera que para el año 2014, el total de fuerzas norteamericanas había quedado reducido a tan solo dos Brigadas operativas y unos 64.000 soldados. Esta sustancial disminución de fuerzas alimentó la preocupación entre los europeos - especialmente en los países centrales y orientales -, de que la misma se producía en un contexto más amplio de retraimiento de la influencia norteamericana en Europa y de reorientación de sus prioridades estratégicas hacia otros escenarios donde estuviesen en juego sus intereses nacionales.

El llamado “reset” de sus relaciones con Rusia tras el conflicto de Georgia no hizo sino aumentar el convencimiento



de que, llegado el momento, los Estados Unidos, estarían dispuestos a sobrepasar las prioridades de seguridad europeas en pos de una relación constructiva con Moscú. Desgraciadamente, la percepción europea sobre las garantías de seguridad norteamericanas no iba acompañada de una mayor voluntad de tomarse los asuntos de seguridad continentales más seriamente. La reducción de las fuerzas norteamericanas en Europa fue de la mano de una reducción sustancial de los presupuestos de defensa de los países europeos, hasta alcanzar en muchos aliados límites peligrosos. Al mismo tiempo, se agudizaron las discrepancias entre las potencias europeas sobre cómo organizar la seguridad en el continente y en su vecindad más próxima.

La realidad es que la percepción europea sobre la disminución de las garantías de seguridad norteamericanas resultaba excesiva. Si la Defence Strategic Guidance de 2012, anunciaba un reequilibrio norteamericano hacia Asia, también recogía la

voluntad clara de los Estados Unidos de mantener un “alcance estratégico global”, dado que el que el acceso a las regiones de Oriente Medio y Europa continuaban siendo vitales para sus intereses y su sistema de vida. Un par de años después, la Quadrennial Defence Review norteamericana de 2014, enviaba un mensaje tranquilizador al afirmar que, el “reequilibrio” no contradecía “un fuerte compromiso con la seguridad y estabilidad en Europa”. Es decir, el “pivote” no suponía cambiar las prioridades en Europa por Asia, sino emplear los recursos liberados después de las guerras de Iraq y Afganistán para reforzar la posición de los Estados Unidos en Asia, pero potencialmente también en Europa.

La prueba de esta voluntad de mantener las garantías de seguridad norteamericanas, se puso de manifiesto en el cambio de su estrategia militar que pasó de la preferencia por la presencia militar permanente de contingentes importantes de fuerzas en bases en Europa, a la rotación temporal

de unidades - principalmente por los países más vulnerables -, el incremento de las acciones de cooperación militar con los mismos y el ofrecimiento de capacidades críticas a sus socios europeos. La propuesta norteamericana en septiembre de 2009 de desarrollar conjuntamente una defensa europea contra los misiles balísticos, tanto marítima como basada en tierra, con el objetivo puesto en Oriente Medio - básicamente Irán- pero también en el norte de África, se presentaba como uno de los pilares fundamentales del compromiso norteamericano.

Cuando la situación de seguridad comenzó a degradarse en Europa durante los primeros años de comienzos del milenio, se produjo un desplazamiento progresivo del centro de gravedad de la seguridad continental desde Europa central, situándolo cada vez más en la periferia. Con unos países europeos estables y con las potencias europeas - incluida una Alemania cada vez más poderosa - convertidas en "proveedores" de seguridad, las preocupaciones de seguridad se fueron traduciendo en una mayor necesidad de reforzar la defensa en los flancos vulnerables del continente. La experiencia de operaciones como la de Libia en el 2011, llevó a las instituciones europeas, principalmente la OTAN pero también la Unión Europea, a mostrar una preferencia por las regiones sensibles del este de Europa y del Mediterráneo oriental que pasaron a ser consideradas como las áreas críticas en las que se producen tanto las crisis puntuales, como los conflictos armados que afectan a la seguridad del continente.

Aun así, y a pesar de que los escenarios como Afganistán u Oriente Media han sido durante los últimos años el centro de las preocupaciones estratégicas de las instituciones europeas, principalmente la OTAN, desde el año 2014 se observa con preocupación creciente los acontecimientos políticos

y militares que se están produciendo en el entorno geopolítico de Rusia. Así, cuando miramos hacia el este el primer conflicto que se nos aparece es el de Ucrania, cuyo territorio se vio invadido por Rusia en el año 2014, cuando sus fuerzas ocuparon la península de Crimea en abril de ese mismo año, sin que se produjera ninguna reacción por parte de la Alianza Atlántica a pesar de que los principales socios de la Alianza le habían dado garantías de seguridad en caso de uso de la fuerza contra su territorio nacional o su independencia política, a cambio del desmantelamiento de sus armas nucleares, en el memorándum de Budapest de diciembre de 1994. Ahora bien, sí puede sorprendernos esta situación de pasividad aliada, no puede decirse que fuera nueva. Ya en cumbre de Bucarest de 2008, la OTAN no fue capaz de lograr un consenso sobre el acceso de Georgia y Ucrania al selecto club de la Alianza. Y desde luego, durante la breve guerra ruso-georgiana del verano del 2011, se mostró impotente a la hora de ofrecer garantías sobre la integridad territorial de Georgia, alegando precisamente su falta de adhesión a la Alianza.

La amenaza velada de las autoridades rusas de utilizar la "estrategia del gas" como una forma de presionar a los estados europeos orientales y especialmente a Ucrania, un país no cubierto por las garantías de seguridad de la OTAN, la actuación de las fuerzas "híbridas" pro-rusas en el interior de este país, y la posibilidad de que Rusia utilizara sus minorías nacionales en los países bálticos como una especie de "quinta columna" para realizar acciones encubiertas dentro de estos frágiles estados, ha llevado a los europeos y a sus socios norteamericanos a adoptar una serie de medidas políticas y militares que tienen como finalidad tranquilizar a sus gobiernos y a sus poblaciones, reafirmando el compromiso de defensa de la Alianza. La aprobación del Concepto Estratégico de la

OTAN de 2010, ha supuesto el comienzo de una visión de la seguridad europea más centrada en el noreste de Europa, donde la reafirmación de Alemania como gran potencia europea y la voluntad norteamericana de delegar mayores responsabilidades en sus socios transatlánticos, ha permitido el desarrollo gradual de una aproximación cada vez más báltico-nórdica-polaca a la seguridad en el continente.

La inactividad europea ante el conflicto de Ucrania ha puesto en duda la existencia de una estrategia aliada suficientemente coherente y de unos mecanismos de respuesta adecuados, para evitar que acontecimientos como los de Crimea y el Donbass ucraniano se pudieran repetir en el futuro en otros países europeos, pero esta vez pertenecientes a la Alianza. Es decir, este conflicto ha obligado a responder a preguntas tales como ¿hasta qué punto la OTAN se encuentra en condiciones de impedir que algunas docenas de “hombrecillos verdes” sin divisas y, por tanto, sin adscripción nacional, ocupen edificios en algún país atlántico con el fin de “proteger” a sus minorías étnicas? O a la inversa, ¿en qué manera la lentitud en el proceso de toma de decisiones de la Alianza y la dificultad de lograr en estos casos, un consenso sobre la aplicación de su artículo V, favorece la consolidación de situaciones derivadas de agresiones que benefician a terceras potencias?

Para responder a estos interrogantes, hay que tener en cuenta lo que has sido y lo que es, hoy en día, Rusia. Toda su historia moderna debe entenderse como una progresión continua que transformó a Rusia desde un pequeño estado continental europeo atrapado entre Europa y Asia, hasta llegar a convertirse en un imperio global. La adopción del águila bicéfala como representación del estado ruso, no hace más que señalar simbólicamente como la expansión debía hacerse tanto al Oeste, como

al Este. En este sentido, la visión del estado ruso ha sido fundamentalmente geopolítica, utilizando en su beneficio las ventajas que le confieren su situación geográfica, y las características de su clima y su relieve. Es desde esta concepción unitaria como debe entenderse los diversos juegos que han venido desempeñando los sucesivos gobiernos rusos, con independencia del contexto político o del momento histórico en que se hallasen.

Después del fin de la Guerra Fría, muchos en Rusia pensaban que la aproximación occidental a las relaciones con Moscú, se había convertido en una especie de versión “soft” de la política aplicada con Alemania en el tratado de Versalles. De acuerdo con esta línea de pensamiento, la posición de Rusia frente a Europa, había estado condicionada en gran medida por una fuerte sensación de vulnerabilidad, sin que las señales tranquilizadoras que la OTAN había intentado enviar, como la creación de un Consejo OTAN-Rusia donde dirimir las discrepancias, hubieran sido suficientemente convincentes. La expansión hacia el este de la Alianza, se contemplaba como una amenaza para el modelo de seguridad nacional que el estado ruso se había esforzado en construir durante siglos, con independencia de la forma que hubiera adoptado en cada momento histórico su sistema político. La desaparición de la zona “buffer” de separación entre las fronteras nacionales de Rusia y las de la OTAN, y la posibilidad de que la Alianza terminara desplegando contingentes importantes de tropas en los nuevos estados recientemente incorporados, era considerado en la percepción rusa como una amenaza directa a su seguridad. A acallar la inquietud rusa, no contribuían precisamente la actitud de estos nuevos estados, algunos de ellos con importantes minorías eslavas en su interior, los cuales habían convertido la enemistad con Rusia – a la que consideraban culpable de sus desgracias históricas

y de sus riesgos geopolíticos – en el eje central de su política de seguridad.

La desconfianza rusa sobre las intenciones de la OTAN fue progresivamente convirtiéndose en animosidad, de tal forma que las manifestaciones de sus líderes políticos, y principalmente de su presidente Vladimir Putin, se hicieron cada vez más belicosas hasta terminar por convertirse en una enemistad personal. La expansión de la OTAN hacia el este pasó a ser considerada algo parecido a una versión “light” de la construcción de un nuevo muro de Berlín, un hecho ante el cual Rusia tenía que defenderse, al igual que tenía la obligación de “proteger” a los eslavos de origen ruso con independencia de su lugar de residencia o de su nacionalidad, incluso el caso de que estos no quisieran ser defendidos.

El problema de Rusia era que sus capacidades militares y su peso geopolítico no eran equivalentes a los de la Alianza. Con un PIB poco mayor que el de Italia, un territorio disminuido por el quebranto soviético, una grave crisis demográfica y una situación económica seriamente afectada por la caída del precio de las materias primas, la Rusia de principios de esta década tenía poco que ver con la poderosa Unión Soviética de los tiempos de la Guerra Fría, cuyo colapso siempre había sido considerado en la mentalidad de sus dirigentes “la mayor calamidad del siglo XX”.

Consciente de la diferencia de capacidades, Rusia necesitaba diseñar una estrategia de éxito concebida “desde el débil frente al fuerte”, que le permitiera alejar a la OTAN de sus fronteras nacionales y recrear una versión actualizada – si bien reducida - de la antigua Unión Soviética convertida ahora en una modesta Unión Euroasiática. Por tanto, Rusia necesitaba diseñar una estrategia de éxito que, a semejanza de lo que estaban haciendo los chinos con su prometedora estrategia “antiacceso/denegación de área” (AA/DA) en el Pací-

fico, le permitiera alejar a la OTAN de sus fronteras nacionales. Al fin y al cabo, si los chinos parecían capaces de expulsar a los norteamericanos más allá del “primer collar de islas” del Pacífico asiático, ¿por qué no iba a poder Rusia hacer lo mismo en el “primer cinturón” de países eslavos de la Europa oriental? De lograrlo, Rusia se encontraría en condiciones de crear una versión actualizada – si bien reducida - de la antigua Unión Soviética convertida ahora en una Unión Euroasiática. Esta estrategia rusa debía además ser convencional dejando el empleo de las armas nucleares como represalia para los ataques que supusieran “una amenaza existencia para el estado ruso”, tal y como recogía la edición de 2010 de su Doctrina militar.

La solución idónea vino dada por la aplicación de la llamada “guerra híbrida”, una doctrina entendida como una combinación de operaciones convencionales y no convencionales, guerra cibernética y acciones de información y cuya primera manifestación moderna con excelentes resultados, había sido puesta en práctica por Hezbolá durante la breve guerra de 2006 contra Israel. Si entonces el grupo chií libanés había sido capaz de obligar al estado israelí a acordar un alto el fuego en condiciones ventajosas, Rusia estaría ahora en mejores condiciones de emplear su propia versión de esta estrategia del “débil frente al fuerte” para alcanzar sus objetivos políticos. Ucrania se presentaba como un escenario perfecto para aplicar estos nuevos conceptos, toda vez que la crisis de la plaza Maidan en febrero de 2014 le había dado a Rusia una oportunidad histórica para probarlos.

De esta manera, combinando acciones militares y esfuerzos subversivos y utilizando una mezcla de combatientes locales, soldados rusos sin divisas - los llamados “hombrecillos verdes” - y, en ocasiones, unidades del ejército regular ruso, así

como ciber-ataques y acciones de información dirigidas tanto a ganarse el apoyo de la opinión pública en Rusia y en Ucrania como a confundir a la occidental, Rusia fue capaz de ocupar casi sin oposición la península de Crimea en marzo de 2014, e intervenir en favor de la secesión de Ucrania unos meses más tarde. En agosto de 2014, con las líneas ucranianas de suministro amenazadas, las fuerzas "híbridas" pro-rusas obtuvieron una importante victoria en el nudo ferroviario de Llovaïsk, al tiempo que amenazaban el estratégico puerto de Mariupol en el mar Negro, obligando al presidente Poroshenko a negociar un acuerdo desventajoso "para aliviar la guerra civil en el este de Ucrania" en Minsk, la capital de Bielorrusia. El éxito de esta estrategia "híbrida", sin duda providencial para los intereses rusos, había sido tan rotundo que no es de extrañar que el propio presidente Putin se jactase un mes más tarde de que "podía tomar Kiev en dos semanas".

Evidentemente, Europa había sido cogida desprevenida por una estrategia que permitía a Rusia negar su participación en el conflicto, a pesar de que existieran evidencias abrumadoras de lo contrario. El incidente de la destrucción del avión MH17 de Malaysia Airlines en julio de 2018 sobre cielo ucraniano por un misil Buk de fabricación rusa, había puesto de manifiesto la dificultad de identificar a los responsables en un entorno híbrido y de atribuir responsabilidades ante hechos tan luctuosos como criminales.

El mayor riesgo que se le presentaba ahora a la Alianza, era que Rusia pudiera emplear la misma estrategia híbrida en las repúblicas bálticas donde, al igual que ocurriera en Ucrania, existían importantes minorías rusas. Se necesitaba, por tanto, una estrategia de respuesta que definiera inequívocamente el umbral de tolerancia

a partir del cual, cualquier ataque híbrido contra un estado miembro, pasaría a ser considerado una de las contingencias contempladas en el artículo V del tratado de Washington.

El resultado fue el diseño y aplicación de lo que podría definirse como una "estrategia indirecta de compensación" que permitiera aprovechar la ventaja tanto en cantidad como en calidad de las fuerzas convencionales aliadas sobre las rusas. La verdad es que la elaboración de una estrategia de tipo Offset no era algo novedoso en la historia de la OTAN. Ya lo había hecho al menos en dos ocasiones anteriores; la primera en los años cincuenta del pasado siglo cuando la OTAN confió en expandir sus capacidades nucleares como forma de compensar la superioridad numérica soviética; la segunda en los años setenta y ochenta, cuando en una situación de equilibrio nuclear, la OTAN respondió invirtiendo en nuevas tecnologías destinadas a destruir las fuerzas enemigas muy en el interior de la línea del frente.

Ahora se trataba de poner en marcha una estrategia de compensación anti-híbrida de aplicación en el oriente de Europa, que sirviera para contener cualquier expansión rusa al tiempo que garantizara la solidaridad aliada. El diseño de esta estrategia de diseño claramente norteamericano, debía seguir tres líneas principales de acción. La primera de ellas consistía en el refuerzo de ciertas capacidades militares críticas, como las de policía aérea u operaciones especiales, en los países bálticos especialmente vulnerables ante una agresión rusa. Este refuerzo debía ir acompañado de la elaboración de planes de contingencia para la defensa de los estados bálticos y de Polonia, - algo que ya había comenzado a hacerse desde el 2010 - así como un incremento sustancial en la ejecución de

ejercicios multinacionales, entrenamientos multilaterales, e intercambios formativos.

La segunda línea de acción quedó definida por lo que eufemísticamente vino a denominarse despliegues “persistentes” aliados en los países de Europa oriental. Con esta opción se evitaba establecer bases permanentes como las que se instalaron en Europa occidental durante la Guerra Fría, al tiempo que se hacía realidad una presencia militar aliada continuada en la antigua zona de influencia rusa. Aunque estos despliegues tenían un carácter simbólico quedando reducidos a poco más de una compañía ligera en cada uno de los Países Bálticos y Polonia, la propuesta norteamericana de desplegar rotatoriamente una brigada pesada dotada de carros de combate M1 y vehículos Bradley en estos países así como en Rumania y Bulgaria, ponía de manifiesto una mayor apuesta de la OTAN por la “Defensa Avanzada” en Europa central y oriental, entendida desde el Báltico a los Balcanes, al tiempo que suponía una revalorización de las, hasta entonces denostadas, capacidades pesadas. No obstante, esta opción preferentemente norteamericana, presentaba serias reticencias en Europa. La negativa de los socios europeos a contribuir con unidades militares a este despliegue, indicaba hasta qué punto no se había logrado un consenso suficiente en el seno de la Alianza para cambiar la política vigente desde 1997, de “no estacionar con carácter permanente fuerzas sustanciales de combate” en el territorio de los nuevos estados miembros.

La tercera línea de acción fue definida en la Cumbre de la OTAN que tuvo lugar en Gales en septiembre de 2014 y refinada en la Cumbre de Varsovia de julio de 2016 con la decisión de crear una Fuerza de Respuesta Rápida capaz de desplegar en cuarenta y ocho horas en cualquier lugar del territorio atlántico. A ello debería

añadirse la instalación batallones aliados en las repúblicas bálticas y en Polonia, así como de los elementos esenciales de cuarteles generales de operaciones en los países Bálticos, Polonia, Rumania y Bulgaria. La voluntad de países como el Reino Unido, Francia, Alemania, Italia y España, de jugar un papel relevante en esta fuerza, parecían indicar una mayor disposición de las principales potencias europeas, de asumir una responsabilidad creciente en la defensa de sus aliados de Europa oriental.

La combinación de estas tres líneas de acción, y el compromiso de los países aliados de incrementar sus gastos de defensa hasta el 2% del PIB durante la próxima década, indicaban que la OTAN estaba mandando una señal clara en una doble dirección. Por una parte, la Alianza mantenía la garantía en el cumplimiento de las obligaciones derivadas del Tratado de Washington, de manera que una agresión a un estado miembro, por muy híbrida que esta fuera, sería considerado un ataque a todos. Por otra parte, se enviaba un aviso inequívoco a Rusia de que los países Bálticos – dos de ellos fronterizos con Rusia – no son Ucrania.

Con esta estrategia de compensación anti-híbrida del fuerte al débil, la OTAN busca asegurarse lo que ha venido a llamarse el “dominio de la escalada”, una situación en la que el adversario ruso no tenga incentivo para iniciar una escalada, incluida su arista nuclear, en el entendimiento de que nunca podrá ganar el conflicto. La Alianza estaría en condiciones de garantizar una respuesta proporcional y controlada, a cualquier intento ruso de aprovechar sus debilidades con vistas a lograr ventajas territoriales. Para ello, no serían necesario grandes incrementos de fuerzas, o el reposicionamiento de las existentes, dado que la Alianza cuenta con considerable superioridad tanto numérica, como cualitativa.

No hay que olvidar que la OTAN de hoy en día es mucho más grande, más rica y más fuerte que la de los tiempos de la Guerra Fría, mientras que la Rusia de Putin, tiene poco que ver con la antigua Unión Soviética. En este sentido, las medidas adoptadas hasta la fecha deberían ser suficientes para impedir cualquier política de hechos consumados en los estados vecinos.

Ahora bien, el éxito de esta estrategia diseñada para escenarios híbridos o convencionales, no anula la posibilidad de que una Rusia que se sienta perdedora, pueda recurrir a las armas nucleares. No hay garantía de que la lógica de la disuasión nuclear sobreviva a los resultados de un conflicto convencional. Si Rusia creyera que puede ganar lo que el pensador estratégico norteamericano Elbridge Colby llama “la competición en la asunción de riesgos”, - una idea que el presidente ruso defiende vigorosamente - la respuesta racional rusa a la superioridad convencional y tecnológica aliada, vendría a ser nuclear. Cuanto más éxito tenga la estrategia de compensación convencional aliada, mayor incentivo tendría Rusia para recurrir a la escalada nuclear. Por ello, la lógica estratégica indica que para evitarla, La OTAN podría aceptar estacionar con carácter permanente fuerzas de combate importantes en los nuevos estados miembro, pero al mismo tiempo debería mantener su tradicional política nuclear de los tres noes: “no hay intención, no hay plan, y no hay razón para emplazar armas nucleares en el territorio de los nuevos miembros”. Los arsenales actualmente existentes en Europa deberían ser suficientes para mantener el equilibrio nuclear. Lo contrario sería caer en la trampa de una nueva Guerra Fría.

En cualquier caso, con independencia de las bondades o limitaciones de la nueva estrategia anti-híbrida aliada diseñada para contener a Rusia, lo que si se pone de

manifiesto, es que la misma no está pensada para afrontar los riesgos y amenazas procedentes de la otra orilla del Mediterráneo y del Oriente Medio, una región donde las llamadas “Primaveras árabes” han traído resultados insospechados cuando se iniciaron, con grandes esperanzas por parte de la comunidad internacional, en el año 2011. Las transformaciones que se esperaban no se han producido, sino más bien ha ocurrido lo contrario: las tensiones intra e interestatales se han agudizado y han alcanzado en varios países un alto nivel de violencia. Estados que se consideraban estables, han visto descomponerse sus estructuras políticas, económicas y sociales hasta convertirse en fallidos. Libia, Yemen, Siria o Iraq son casos paradigmáticos de estados que han desembocado en conflictos abiertos de muy difícil solución.

Todavía no sabemos cuál será el resultado final de las batallas que se están desarrollando actualmente en Mosul, Alepo, o Sirte, pero lo que si podemos apreciar es que, en el entorno geográfico que comprende el mundo árabe, se está configurando una nueva realidad geopolítica que puede terminar siendo no muy distinta de la anterior, pero con mayores niveles de inestabilidad. Al final, la mayoría de los países árabes han conseguido conjurar el peligro de la revolución y aunque sus anteriores líderes hayan desaparecido, los nuevos dirigentes mantienen actitudes y comportamientos políticos análogos. Egipto podría ser un buen ejemplo de cómo un cambio de liderazgo, no supone un cambio real en la vida política. Algo parecido, ha ocurrido en Arabia Saudí, Jordania, Argelia o Marruecos, donde las modificaciones en sus constituciones, o en sus legislaciones nacionales han sido más cosméticas que reales, sin que se hayan producido cambios políticos significativos y sin que su situación de seguridad que se ha visto

en algunos casos deteriorada, haya desembocado en conflictos abiertos.

Incluso en aquellos países donde las fuerzas revolucionarias han tenido éxito, los resultados han sido decepcionantes. Siria, o Libia, muestran como procesos revolucionarios descontrolados pueden terminar por dividir a un país hasta convertirlo en un conjunto de estados feudales separados por líneas sectarias, una situación en la que terminan imponiéndose los más violentos y radicales, representados preferentemente en este entorno por los islamistas del Daesh y por las franquicias locales de Al Qaeda. Otro tanto podría decirse de Yemen donde la revolución huzí en el norte, parece apuntalar la existencia de un estado chií dentro del propio estado yemení, sin que la eventual intervención militar desde la primavera del 2015 de una coalición de países árabes liderada por Arabia Saudí, se muestre capaz de revertir la situación militar.

En el Líbano, la situación es todavía más compleja y las tensiones entre comunidades, agravadas por los conflictos en los países vecinos de Iraq y Siria, así como la enorme afluencia de refugiados procedentes de Siria, pueden acabar con su frágil estabilidad produciendo un conflicto interno entre regiones y sectas. En Iraq, nos encontramos con un enfrentamiento sectario entre kurdos, árabes suníes y árabes chiíes que viven en áreas geográficas distintas y de contornos bien definidas. Otro tanto ocurre en Siria, donde el Gobierno del presidente Assad se enfrenta desde el 2012 a fuerzas opositoras fundamentalmente islamistas controladas por los grupos terroristas Jabhat Fatah al-Sham, la versión local de Al Qaeda, y por el Daesh, otro grupo igualmente sanguinario y cuyos orígenes se encuentran en la oposición islamista a la invasión norteamericana de Iraq en el 2003.

En este país, la situación de seguridad, ya muy deteriorada desde el momento en que una parte sustancial de la población siria, fundamentalmente de la confesión suní mayoritaria, se sumase a la revolución de 2011, no ha hecho más que empeorar con la irrupción del Daesh en el 2012. No obstante, la situación militar ha comenzado a revertir sustancialmente en los últimos tiempos. Aunque este grupo ha llegado a controlar una amplia parte del país en el Norte y en el Este, incluidos los campos petrolíferos de Deir ez-Zor y la ciudad de Rakka donde establecieron su capital, y aunque en la primavera de 2015 se apoderaron de la ciudad de Palmira y llegaron a amenazar la capital Damasco, en los momentos actuales su situación militar se encuentra muy degradada.

La principal causa de esta mayor debilidad del Daesh se debe a la intervención rusa en octubre del 2015, un hecho que alteró la ecuación de seguridad muy desfavorable en esas fechas para el gobierno de Damasco. Los bombardeos masivos rusos sobre los grupos enfrentados a las fuerzas militares de Assad y el apoyo logístico en gran escala han permitido al ejército árabe sirio recuperar la iniciativa empujando a los grupos opositores hacia el norte y hacia el este. Con Alepo, la gran urbe del norte del país y principal motor económico, sitiada la toma de esta ciudad por parte de las tropas del ejército sirio, decantaría la balanza de la guerra en favor de Assad, para quien le sería relativamente fácil tomar, a continuación, la ciudad de Raqqa, capital en Siria del autoproclamado Estado Islámico, siguiendo el cauce del río Éufrates. Los bombardeos aéreos de la gran coalición aliada anti-Daesh liderada por los Estados Unidos, sobre las posiciones de este grupo terrorista y sobre sus activos económicos, principalmente los pozos de petróleo del este de Siria, han contribuido

en colocar al Daesh en una situación de gran debilidad militar, lo que facilita un desenlace del conflicto que suponga la desaparición de este grupo como estructura pseudo-estatal.

Para evitar que el triunfo final se decante en favor del gobierno sirio, y consiguiendo de Rusia, la opción alternativa, apoyada por los Estados Unidos y una serie de estados árabes como Arabia Saudí o Qatar, así como por Turquía, sería tomar Raqqa antes de que lo hicieran las tropas de Assad. Ahora bien, a diferencia de Rusia que puede contar con las fuerzas militares sirias apoyadas por sus correligionarios libaneses de Hezbolá, iraníes de la temible fuerza Al Quds perteneciente al Cuerpo de Guardias Revolucionario Iraní, o incluso los voluntarios chiíes hazara de Afganistán, los norteamericanos no tienen fuerzas propias suficientes sobre el terreno y tienen que contar con los Kurdos de las llamadas Unidades de Protección Popular (YPG) encuadradas en las Fuerzas Democráticas Sirias, que ocupan una extensa franja en la frontera norte de Turquía. El problema para los intereses norteamericanos es que

estas fuerzas kurdas del norte de Siria son consideradas por Turquía como un grupo terrorista relacionado con el Partido de los Trabajadores Kurdos (PKK) que opera en el interior de país.

Por otra parte, el poco interés de las fuerzas kurdas del YPG en avanzar hacia Raqqa, una ciudad situada fuera de las tierras consideradas como kurdas y la intervención de tropas turcas en el norte en septiembre de 2016 con la finalidad de evitar que los milicianos kurdos consoliden un control territorial continuo en su frontera con Siria, especialmente en la zona al oeste del río Éufrates, han complicado la situación de seguridad. La consecuencia es que el resultado del conflicto se hecho más incierto y resulta difícil afirmar en estos momentos quien será el vencedor de una contienda que se disputa a varias bandas.

En el caso de Iraq, la ocupación en julio de 2016 por el ejército regular iraquí con apoyo de las fuerzas de la coalición internacional, así como de los voluntarios chiíes de las llamadas Unidades de la Movilización Popular, de Faluya, una ciudad em-



blemática en la imaginaria del Daesh por ser la ciudad en la que se libraron dos duras batallas contra la ocupación americana en el año 2004 y también la primera ciudad suní que tomaron los islamistas cuando invadieron el norte de Iraq en Junio del 2014, ha supuesto un antes y un después de la guerra contra el Daesh. Su toma ha anticipado la ocupación de la ciudad de Mosul, el gran centro industrial del norte del país con más de un millón de habitantes, en poder del Daesh desde junio del 2014 y desde donde en el primer viernes del Ramadán de ese año, Abu Bakr Al-Bagdadí, líder del grupo terrorista se autoproclamó califa de un fantasmagórico estado islámico adoptando el nombre de califa Ibrahim. La caída de esta ciudad supondrá el fin del supuesto califato y la desaparición política del Daesh en Iraq aunque seguramente subsistirá bajo alguna otra forma de estructura terrorista y quizá bajo otra denominación.

Lo que no está tan claro es cuál será la forma política definitiva que asuma el estado iraquí. Ello dependerá del trato que otorgue el gobierno del presidente al-Abadi, de confesión chií, a la población suní que habita las regiones centrales del país y de la respuesta que dé a sus reivindicaciones y a sus agravios históricos. También dependerá de las concesiones que esté dispuesto a hacer al gobierno autónomo del Kurdistán, convertido de facto, desde la Guerra del Golfo de 1990 en un estado semi-independiente en el norte del país.

En el caso libio, un país situado a 300 km. de Europa y por tanto muy importante desde el punto de vista de la seguridad, la situación de caos que se produjo con la desaparición del régimen de Gadafi en el 2011 como consecuencia de un levantamiento interno pero, sobre todo, de la intervención occidental que actuó bajo el supuesto humanitario de la “responsabilidad de proteger” a la población civil de los ataques de

su propio gobierno, no ha hecho sino agravarse con el paso del tiempo.

Al principio, y en un intento de agrupar a las distintas organizaciones paramilitares que habían combatido a Gadafi, el Ministerio de Defensa libio logró agruparlas en una estructura única a la que denominó “Fuerzas del Escudo libio” poniéndolas bajo su nómina y dividiéndolas en tres sectores, este, centro y oeste. Sin embargo pronto se demostró la poca fiabilidad de estas fuerzas cuyas lealtades estaban principalmente vinculadas a determinadas localidades o grupos político en su mayoría de carácter islamista, más que al gobierno central.

La situación de anarquía en la que se encontraba el país hizo que, en febrero de 2014, el general Jalifa Haftar ordenara la disolución del Congreso Nacional General (GNC), el parlamento salido de la revolución, en un golpe de estado llamado “Operación Dignidad” y cuyo objetivo era “purgar” el país de los radicales islamistas, particularmente de los “terroristas” de la Hermandad Musulmana.

Por su parte, los islamistas en combinación con milicias tan poderosas como las Brigadas de Misrata que disponían de más de 20.000 combatientes, reaccionaron lanzando en julio de ese año una contraofensiva denominada “Operación Amanecer” cuyo objetivo era la captura de Trípoli – principalmente su aeropuerto -, defendida la milicia pro- Haftar denominada Brigadas de Zintan que habían controlado la zona desde la caída de Gadafi. Los combates fueron tan intensos que el 26 de julio los Estados Unidos decidieron la evacuación de su embajada después de que 13 miembros de su staff fueran asesinados unos días antes.

Ese mismo día, aviones egipcios y de los EAU, operando desde bases egipcias,

bombardeaban posiciones islamistas en Trípoli y en las proximidades de su aeropuerto internacional, lo que ponía de relieve la preocupación que suscitaba en las capitales árabes, el avance los grupos islamistas en Libia. Para el Egipto de Al-Sisi directamente enfrentado con los Hermanos Musulmanes, al igual que para Arabia Saudí y EAU, la caída de Trípoli en manos de esta organización que consideran terrorista, habría supuesto un duro golpe por la amenaza que representaba.

En este sentido, las acciones militares directas de otros estados habría que encuadrarlas dentro de los esfuerzos contra-revolucionarios de las monarquías del Golfo encaminados a limitar la influencia de un Islam político que se les había ido de las manos y que amenazaba seriamente la estabilidad de toda la región de Oriente Medio y Norte de África. Ello reflejaba, igualmente, el descontento de estas mismas monarquías hacia lo que entendían como una actitud de pasividad norteamericana contra un peligro que iba más allá de los límites territoriales libios, para convertirse en un problema regional.

El 25 de junio de 2014 tuvieron lugar las elecciones para el nuevo parlamento que, con el nombre de Cámara de Representantes, debía sustituir al anterior Congreso Nacional General elegido en 2012 y que fueron ganadas por los partidos seculares, con un importante retroceso de los islamistas. El 4 de agosto se reunía el nuevo parlamento en la ciudad portuaria de Tobruk a más de mil kilómetros al este del país donde había tenido que huir ante los combates en la capital que hacían imposible su actividad.

Por su parte, los islamistas tomaron la decisión el 25 de agosto de recuperar el anterior parlamento en CNG que había terminado oficialmente su mandato en junio, nombrando a continuación un nuevo pri-

mer ministro. Para ello se aprovecharían de la ventaja que les proporcionaría la victoria militar en Trípoli y el hecho de que esta ciudad estuviera dominada por las milicias islamistas leales de Misrata. El país se encontraría así en una situación de caos institucional con dos parlamentos funcionando simultáneamente, uno en Trípoli y otro en Tobruk.

En el fondo tras la escasa legitimidad del parlamento salido de las elecciones de junio elegido con tan solo un 18% del censo electoral, subyacía el hecho de que son los islamistas los que controlan el terreno. Hasta las elecciones, las dos grandes milicias – la de la villa de Zintán y la de Misrata – mantenían en la zona occidental un cierto equilibrio, en el que se repartían el control territorial y las rentas procedentes de los ingresos petrolíferos, de manera análoga a como pudieran hacerlo los grupos mafiosos. El nuevo parlamento trastocó este equilibrio dado que ahora, las milicias de Misrata se encontraron en una posición de debilidad a la vista de los resultados. De ahí que, utilizasen su posición de fuerza militar, para compensar esta desventaja, manteniendo el antiguo CNG como forma de dar cierta apariencia de legitimidad a sus acciones de fuerza.

La dificultad de la situación en Libia, y la aparición con un sentido oportunista del Daesh primero en Derna en Octubre de 2014 para, unos meses después, desplazar-se al golfo de Sidra en el mes de febrero de 2015, donde tomaron la capital Sirte y ocuparon una franja de unos 200 km. al este y al oeste de esta ciudad amenazando las terminales petrolíferas y los oleoductos, hizo que la comunidad internacional presionara para la formación de un nuevo gobierno. Después de varios meses de negociaciones, Fayeze el-Sarraj formalizó oficialmente el 12 de marzo de 2016, un Gobierno de Unidad Nacional (GNA), rechazado inicialmente por los Parlamentos de Trípoli y Tobruk

pero que, finalmente, con el apoyo de Occidente, pudo instalarse a finales de marzo en Trípoli.

El 11 de septiembre de 2016, mientras las fuerzas leales al GNA, principalmente las milicias de Misrata se lanzaban a expulsar a las islamistas del Daesh de sus posiciones en Sirte, las fuerzas opositoras del general Hafter ocupaban las instalaciones petroleras de Ras Lanuf y Al-Sedra, Ajdabiya y Zueiteina, hasta entonces en poder de una milicia local leal al GNA.

Con el Daesh en franco retroceso en Libia, pero con la guerra civil plenamente abierta se corre el riesgo de la “cronificación” de la situación de violencia interna en la que se encuentra actualmente inmerso el país. En un contexto en el que ninguna de las fuerzas en conflicto tiene la suficiente capacidad para imponerse en el conjunto del país, Libia se vería abocada a una especie de “somalización” del conflicto.

Las profundas diferencias que existen entre las regiones de la Tripolitania y la Cirenaica y entre estas y la región del sur de Fezzan, además de la división de la sociedad entre islamistas y laicos dan mayor verosimilitud a este escenario cuyo resultado final sería la completa descomposición de sus estructuras políticas, quedando el país reducido a sus milicias tribales que competiría por el dominio territorial y por el control de los recursos energéticos. El país revertiría a la situación anterior a la independencia en 1951 con una partición tácita o implícita, entre las tres regiones que tradicionalmente lo han compuesto.

Otro escenario a considerar es que, finalmente, termine imponiéndose alguna de las partes sobre el resto de los adversarios. Esto supondría que el vencedor debería contar con importantes apoyos internos e internacionales que le permitiera imponerse militarmente sobre el terreno y con-

trolar la totalidad del país. Este escenario parece actualmente poco verosímil dada la enorme fragmentación de las fuerzas en conflicto, así como la gran afinidad de la mayor parte de las mismas con determinadas regiones, ciudades o estructuras tribales.

Igualmente se debe considerar la posibilidad de que se llegue a algún tipo de acuerdo político entre los contendientes, o entre las regiones, lo que permitiría dar suficiente estabilidad política al país integrando las aspiraciones de todos. Pero ello exigiría un consenso entre todos muy difícil de conseguir en estos momentos, así como un reforzamiento de unas estructuras de seguridad nacional actualmente desmanteladas, la erradicación de los activos movimientos yihadistas y el desarme general de la población.

Un último escenario que se puede contemplar ante la desintegración progresiva del estado libio y la situación de caos en que vive el país, sería la intervención extranjera, bien por parte de la comunidad internacional, o bien por potencias regionales. La situación de los derechos humanos, la facilidad de movimiento de los grupos terroristas y la posibilidad de que pueda convertirse en un estado islámico que constituya una amenaza real para la seguridad de los países vecinos y para la comunidad internacional, constituyen una invitación para la actuación internacional contemplada como la única forma de acabar con la violencia y el caos. No obstante, la posibilidad de una intervención occidental resulta hoy por hoy inviable por la reticencia de las potencias occidentales a comprometer sus soldados en acciones terrestres en un escenario tan complicado y menos en unos momentos en los que las prioridades occidentales están centradas en contener a Rusia en el este de Europa y en combatir al Estado Islámico en Siria e Iraq. Cualquier intervención militar occidental amplia no

sería ni pronto, ni resultaría fácil de llevar a cabo. Hacerlo supondría aceptar convertir a este país en un nuevo protectorado similar al que durante más de una década la comunidad internacional ha venido ejerciendo en Afganistán. Ello requeriría una fuerza militar resolutiva capaz de desarmar a las poderosas milicias e, incluso a las fuerzas del general Haftar, que cuentan en conjunto con varias decenas de miles de combatientes.

Tampoco resulta probable una mayor implicación de potencias regionales que extendiesen su acción militar más allá de la intervenciones aéreas, ya que ello supondría la regionalización de un conflicto en el que las potencias intervinientes tienen muchos intereses enfrentados pero ninguno en enfrentarse, ya que ello aumentaría el potencial de una escalada añadiendo una mayor inestabilidad a la región.

Cinco años después de la revolución que tantas esperanzas trajo para su población y para la comunidad internacional, el resultado no ha podido ser más desalentador. Sujeto a una guerra civil de baja intensidad que puede durar años, Libia se encuentra materialmente deshecha, con el país fragmentado y bajo el control de las innumerables facciones, con sus exportaciones de petróleo reducidas a la décima parte y su economía exhausta. En definitiva, en Libia se está consagrando una situación catastrófica en la que el país se ha terminado por convertirse en un estado descompuesto que corre, además, el riesgo de consagrar una partición permanente haciéndola irrecuperable.

Podemos concluir diciendo que no puede determinarse con exactitud si los procesos revolucionarios que están azotando el mundo árabe van a suponer, en un futuro más o menos próximo, una modificación de las fronteras tradicionales de los estados, pero las Primaveras árabes están

mostrando con toda su violencia la debilidad del estado-nación en el mundo árabe. Los precedentes de la partición de Sudán, la federalización de facto de Iraq, la descomposición de Libia en regiones semi-independientes, las rivalidades sectarias del Líbano, y el futuro posiblemente fragmentado de Siria, indican hasta qué punto se están cuestionando, por medio de la violencia, unas estructuras políticas salidas de los procesos descolonizadores que no obedecen a las realidades nacionales.

Puede decirse que las tendencias actuales del mundo árabe indican la contraposición de tres lógicas diferentes. Por una parte, la lógica estatal, que entiende que las fronteras nacionales son el resultado de determinados procesos históricos que, aunque podrían haber adoptado otras formas, incluso otros nombres, conviene respetar para evitar que la región termine por convertirse en un polvorín incontrolable.

Por otra parte, nos encontramos con la lógica política que acepta la existencia de realidades estatales, si bien estas no tienen por qué ser las actualmente existentes. Los partidarios de esta lógica estarían constituidos fundamentalmente, por las minorías nacionales que viven en el interior de los estados y que consideran que acuerdos como los del Sykes-Picot al final de la 1ª Guerra Mundial generaron situaciones de gran fragilidad. La historia les estaría ofreciendo una oportunidad única, para reconfigurar unas fronteras nacionales que recojan mejor sus aspiraciones identitarias.

Finalmente existe una lógica religiosa, que propugna que el sentimiento de identidad religiosa está por encima del de pertenencia nacional y cuestiona la legitimidad de los actuales gobiernos estatales. En su versión más rigorista, los partidarios de esta lógica propugnarían la eliminación de las actuales fronteras entre estados musulmanes y la creación de un Califato en los

términos en los que este fue definido en los primeros tiempos del Islam.

Es pronto para decir cuál de estas tres lógicas terminará por imponerse en el mundo árabe, pero si podemos aventurar que lo hará violentamente. Los sentimientos de conciencia nacional siguen desempeñando un papel muy importante en la identidad de muchas personas, que se han acostumbrado a vivir en el interior de un estado con independencia de que sus fronteras actuales puedan o no modificarse. Pero también es cierto que la situación de profunda crisis en la que se encuentra el mundo árabe, favorece los postulados de amplios sectores de la población partidarios de una reconfiguración geopolítica de la región que haga primar los postulados religiosos. Para estos la inestabilidad producida por las primaveras árabes, habría creado el caldo de cultivo adecuado para hacer prevalecer sus argumentos.

Para terminar, podemos decir, al hablar de conflictos y amenazas para la seguridad, la geopolítica del futuro, parece indicar que la característica principal será la tendencia por parte de los estados y de los grupos y organizaciones no estatales a utilizar cada vez más la geografía en su provecho, de manera similar a como lo han venido haciendo a lo largo de la historia, las sociedades y las naciones. Frente a la concepción predominante hasta la fecha de corte occidental, que preconiza el comportamiento de las naciones sobre la base del derecho, el consenso y el ejercicio de la diplomacia, apreciamos como se va imponiendo cada vez con mayor fuerza, y mayor violencia, otra forma más realista, pero también más peligrosa, de regular el orden internacional y resolver los conflictos, en base a la razón de estado. Según la misma, el peso de un estado o, en determinados escenarios, de una organización para-estatal, se mide en función de su poder geopolítico y no del equilibrio del sistema

internacional regulado por convenciones legales. Ello supone volver a los comportamientos propios del realismo político que se consideraban superados y promulgar ahora la primacía absoluta del interés nacional expresado en términos concretos de ciudades, penínsulas, islas, cabos o ríos. La ocupación rusa de Crimea en la primavera de 2014, o la toma de Mosul por el Daesh en junio de ese mismo año, son casos paradigmáticos de las verdaderas razones cada vez más pragmáticas, que van a guiar en el futuro el comportamiento internacional.

Todo ello va a exigir a los europeos definir sus preferencias estratégicas de seguridad orientando el centro de gravedad de una manera equilibrada entre el Este y el Sur. Se trata de corregir la excesiva descompensación del equilibrio estratégico europeo hacia el Este de manera que mientras vigilamos al oso ruso, no nos olvidemos que las hienas yihadistas acechan en el sur. En este sentido, los conflictos de gran impacto geopolítico como son Siria, Iraq, o Libia, con sus repercusiones producidas por los atentados terroristas en Occidente, o la avalancha de refugiados procedentes de las zonas en conflicto en la periferia de Europa deben producir un cierto reequilibrio de la ecuación de seguridad de un continente que vive en tensión continua en el este, pero también en el sur. Ahora bien, sí la situación en Ucrania se deteriora, o se expande a los estados vecinos, o si los riesgos geopolíticos en el flanco sur de la Alianza se convierten en amenazas vitales para la seguridad del continente, los fundamentos doctrinales de la seguridad europea quedarán seriamente entredicho. En estas circunstancias, nos veremos obligados a emprender una revisión sustancial de nuestra actual política de seguridad y defensa y de nuestra posición militar ante los conflictos que surjan en la periferia de Europa.